

www.elboomeran.com

EMIR KUSTURICA

¿Dónde estoy en esta historia?

Memorias

TRADUCCIÓN DE NOEMÍ SOBREGUÉS

|9

EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

Título original francés: *Où suis-je dans cette bistoire ?*
© Éditions Jean-Claude Lattès, 2011

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición en castellano: mayo de 2012

© de esta traducción: Noemí Sobregués, 2012

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2012

Ediciones Península,

Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.

info@edicionespeninsula.com

www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL · fotocomposición

BLACKPRINT · impresión

DEPÓSITO LEGAL: B. 8.828-2012

ISBN: 978-84-9942-146-9

ÍNDICE

La tierra y las lágrimas	15
Cómo no vi a Tito la primera vez	31
La muerte es un rumor no contrastado	55
Lo de arriba está abajo y lo de abajo está arriba	71
El ratón da una vuelta de honor	86
Mi vida	117
<i>¡Lomonosovovogovno!</i>	130
Gracias a ti, Federico	146
El difunto era un gran enemigo del alcohol	173
Sin oscuridad no hay película	190
Dulces sueños	206
Adiós, mi querido país	219
¿Dónde estoy en esta historia?	230
Codo de tenista	278
Los cuadernos de notas de <i>Underground</i>	296
El hijo del padre de Dioniso	319
¿A quién quieres más, hijo mío?	334

El hombre tiende a olvidar, y con el paso del tiempo el olvido se ha convertido en un arte fundamental de la especie humana. Si el olvido, ese gran señor, no atenuara los pensamientos apasionados, los convirtiera en razonables y los ordenara, nuestro cerebro sería un simple contenedor. Sin el olvido, ¿podríamos dirigir la mirada al futuro? ¿Qué pasaría si sintiéramos que de nuestra alma no deja de manar sufrimiento, si el olvido no cubriera los duros momentos de nuestra vida como las nubes ocultan el sol? Sería imposible sobrevivir. Lo mismo sucede con las grandes alegrías. Si el olvido no las anestesiará, acabarían volviéndonos locos. El olvido atenúa el dolor de un amor perdido. Si nuestro rival nos da una bofetada en el patio del colegio, a la hora del recreo, y se gana así las simpatías de la niña de la que los dos estamos enamorados, solo el olvido nos curará de la irremediable pérdida amorosa. Como una fotografía que poco a poco va perdiendo brillo, la herida cicatriza con el paso del tiempo.

¿Cómo siente el hombre las grandes crisis de la historia? ¿Cómo las vive? Tanto antes como ahora impera el olvido. Al observar hasta qué punto las masas pueden olvidar los motivos que provocaron las grandes tropelías históricas, y con qué facilidad aceptan como verdad una interpretación elaborada *a posteriori*, me he visto obligado a excluir el olvido del principio de causa y efecto. Después de la guerra de Bosnia se ha santificado a los nacionalistas religiosos, como si fueran los grandes

defensores de una Bosnia multiétnica, para satisfacer los objetivos militares y estratégicos de las grandes potencias, y se ha considerado que el número de víctimas de todos los bandos fue insignificante, excepto el de los que estaban al servicio de dichos objetivos, de modo que he llegado a la siguiente conclusión: el olvido es una compuerta por la que evacuamos las ideas molestas tanto del pasado como del futuro, y es así porque pocas cosas cambian en los componentes básicos de la vida humana.

Tras las desgracias de las guerras balcánicas y el bombardeo de Serbia, también yo me dispuse a olvidar, o al menos a apartar los pensamientos que me asediaban. Estaba en las primeras lecciones de olvido cuando recibí en mi casa a un crítico de cine que tenía mucha influencia en Hollywood en la década de 1990. Me recordó de pronto que el olvido podía existir porque no se sabía la verdad. Cuando, durante el festival de cine de Kustendorf, Jonathan encendió la tele para ver un programa ruso en inglés, se quedó totalmente desconcertado. Emitían un documental con motivo del aniversario de la victoria sobre el nazismo. Vino a buscarme bastante alterado y me dijo:

—Creía que habíamos sido nosotros, los estadounidenses, los que habíamos liberado Europa del nazismo, pero, por lo que acabo de ver en la televisión rusa, no se habría conseguido sin ellos...

—Es verdad que los rusos no perdieron gran cosa en la guerra contra el nazismo. Solo unos veinticinco millones de seres humanos. ¡Una menudencia!

Con este tono falsamente desenfadado intentaba que mi amigo aceptara una verdad histórica sin echar más leña al fuego.

Temía que mi respetable huésped se ofendiera y sospechara que yo pretendía meter el dedo en el gran agujero de su ignorancia. Era evidente que ese vacío en su cabeza era pro-

ducto de la desinformación, pero la costumbre de vivir con esa carencia ya no tenía remedio. Intentar salir de aquel abismo podría abrir la brecha de la duda universal, quizás incluso sobre la autenticidad de la Coca-Cola, de las hamburguesas y de Hollywood.

—Olvida la verdad que acabas de escuchar. Si tienes en cuenta ese hecho indiscutible, tendrás que pasar por el taller de reparación de los pensamientos y del saber, y eso puede llevarte directamente al desequilibrio mental. Sigue viviendo con las ideas a las que estás acostumbrado —le sugerí amistosamente.

No pareció entenderme, pero asintió con una amplia sonrisa.

Tras pensarlo, me dije que estaba bien que escribiera este libro, que al menos quedara un documento sobre mi vida. Si sucede como con la participación de los rusos en la lucha contra el nazismo, en el futuro podría hablarse de mí como de un panadero o, lo que es peor, de un obrero metalúrgico.

Mi amigo hollywoodiense me permitió profundizar en mi reflexión sobre el carácter intemporal del olvido. Me pregunté, por ejemplo, cómo no habíamos visto antes que nuestro *kajmak*¹ era obra del tiempo, ya que el moho existía mucho antes que el *kajmak*. Si queremos aclarar este misterio, es importante entender por qué las guerras suelen llegar después de grandes crisis y por qué los hombres hacen descubrimientos fascinantes solo tras grandes convulsiones. ¿Por qué no se utilizó el antibiótico antes de la Segunda Guerra Mundial? ¿No estaba también oculto en el moho? La fórmula secreta era prisionera

1. La capa que queda en la superficie de la leche cuando se hierve. (Todas las notas son de los traductores.)

del olvido. La memoria, la antecámara del olvido, no había entreabierto la puerta para que la misteriosa sustancia atravesara sus laberintos y quedara a disposición de la razón.

Las crisis y las guerras han cambiado, y con el tiempo el olvido se ha convertido en una forma de consuelo, puesto que, sin él, ¿cómo podría el hombre acostumbrarse a las ideas perversas del mundo contemporáneo? ¿Cómo podría aceptar, por ejemplo, hacer la guerra en nombre de causas humanitarias? Si formas parte de un país pequeño que se niega a seguir sin rechistar las ideas de los grandes y que, en el momento en que está reestructurándose el mundo, se obstina en preguntarse «¿Qué pintamos nosotros en esta historia?»², las grandes potencias te lanzan bombas a las que llaman «ángeles de misericordia». Después, el olvido desempeña un papel decisivo en el proceso de adaptación. Cuanto más nos apresuramos a olvidar lo que nos ha caído encima y más prisa nos damos en reformular la famosa pregunta en primera persona del singular, preguntándonos «¿Qué pinto yo en esta historia?»², más avanzamos. Lo mismo sucede en la vida privada: cuanto antes olvidemos aquella bofetada en el patio del colegio, antes podremos volver a enamorarnos. De todas formas, el olvido encierra en sí cierta dosis de memoria, un componente básico con el que la historia cuenta y al que recurre, y no solo en el caso de que nos hayan partido la cara de un guantazo.

Cuando yo era un chaval, los adolescentes de Nueva York, Londres y París hacían cola para comprar los nuevos discos de los Beatles, Springsteen y Dylan. Hoy en día los jóvenes hacen cola para comprarse un iPhone 4. También en este caso el ol-

2. Alusión al nombre que dio la OTAN al bombardeo de Serbia en la primavera de 1999.

vido es de gran ayuda. Metemos a Dylan bajo la alfombra del olvido y nos resulta más fácil vivir en un mundo en el que los objetos, convertidos en centro de atracción, han suplantado a nuestros héroes favoritos, que cantaban al amor y a la libertad y luchaban contra la injusticia. También es el olvido el que nos empuja a aceptar los principios básicos de una cultura científica que enterrará nuestra cultura ancestral en los sótanos de los museos. Por supuesto, los que patentaron los iPhones no diseñaron su juguetito en función de la tendencia humana al olvido, pero esta tendencia les ha ayudado. Y en las salas de espera en las que impera este olvido siempre habrá un espacio vacío al que relegar a los héroes barridos por el tiempo.

Soy de los que consideran que el olvido es un factor de supervivencia, pero me niego a ceder a la tendencia actual al olvido. En la actualidad la multitud está sometida al régimen de las gallinas en batería, cuya memoria se detiene en el último bocado. Incluso se ha utilizado el olvido para elaborar la teoría del fin de la historia, que conquistó el mundo en la década de 1990. Los tamborileros del capitalismo liberal nos han invitado a que dejemos de lado todo apego a nuestra cultura y nuestra identidad y a que nos dejemos arrastrar por el torbellino de la revolución tecnológica, que supuestamente canaliza el curso de nuestro destino y convierte el mercado en el regulador de nuestros procesos vitales. Esta arrogante pretensión despertó en mí el deseo de sanear mis cuentas con la memoria, pero también de saldarlas con el olvido.

Quiero escribir un libro y hacer limpieza en mis células grises, donde vagabundean mis recuerdos. Con la ayuda de los ángeles escritores que me enseñaron a pensar y a hablar, quiero sacar de ese amasijo lo que habría quedado oculto para siempre, como el sol detrás de las nubes. No me gustaría que todo

lo que ha agitado mi alma fuera inaccesible para siempre tras haber emprendido mi último viaje, y que algún descendiente mío, empujado por la curiosidad, no pudiera trazar puentes conmigo para descifrar el importante misterio de su origen.

Quiero evitar todo malentendido, y evitar también el destino del abonado telefónico al que los amigos y la familia llaman en vano, sin saber que ya no forma parte de los vivos, y en cada una de sus innumerables llamadas oyen la voz femenina del contestador automático, que les repite: «En estos momentos no hemos podido establecer comunicación con el abonado al que llama».

LA TIERRA Y LAS LÁGRIMAS

En 1961 Yuri Gagarin se lanzó al espacio, y yo empecé a ir al colegio. El primer viaje del hombre por el espacio se preparó durante mucho tiempo, y detrás de Gagarin había todo un equipo de expertos. En cuanto a mis preparativos, solo mi madre se ocupó de ellos, ya que mi padre estaba en viaje de negocios en Belgrado. Mi madre, Senka, encendió el fuego, calentó el agua y me metió en el barreño. La oía llorar mientras me frotaba la espalda con jabón de cocina.

—Senka, ¿por qué lloras? ¿Quién tiene que ir al colegio mañana, tú o yo?

—No lloro, hijo mío —me contestó secándose las lágrimas—, pero me da pena. Mañana empieza una nueva vida.

Yo no entendía el motivo de las lágrimas de mi madre, pero en lo que respecta a la nueva vida, las cosas quedaron claras desde la mañana siguiente.

Me dirigí al colegio con los ojos fijos en los escalones de piedra,¹ que daban la impresión de flotar en el agua. La escena parecía un documental de la Televisión de Sarajevo dirigido por Jan Beran y con música de Vojina Komadina. Me sentía más como un submarinista que como un niño que va al colegio por primera vez. Sabía que tenía un aspecto ridículo. Las mangas de mi bata de rasete negra, demasiado largas, me causaban problemas.

1. En el casco antiguo de Sarajevo, las calles empinadas suelen estar flanqueadas por una escalera de piedra, que facilita su ascenso.

Por más que las doblara para hacerlas más cortas, la tela resbaladiza hacía que una y otra vez volvieran a su lugar de origen. Aunque la escuela estaba a solo trescientos metros de nuestro piso, de una habitación y media, el trayecto duró una eternidad. Pensaba que seguramente Gagarin había llegado más deprisa al espacio que yo a la escuela primaria Hasan Kikic.

Estábamos en el patio, esperando a entrar en nuestra clase, cuando un pelirrojo cabezón advirtió a los nuevos alumnos del peligro de que los golfos de la zona se metieran con ellos. Todo el mundo sabía que había repetido curso tres veces. Lo que había detenido su ascenso había sido el significado de la palabra «diferencia». Cuando un profesor le preguntó: «¿En qué se diferencia un pollo de una vaca?», contestó: «Sé lo que es un pollo, y también sé lo que es una vaca, pero no sé lo que quiere decir diferencia».

Me conmovía que aquel cazurro quisiera proteger a los alumnos, pero no lograba entender por qué a cambio teníamos que darle nuestro desayuno.

El pelirrojo alargó la mano y esperó a que le diera el dinero de mi cruasán.

—Eh, tú, cabezón, estoy hablando contigo. ¿Eres imbécil o qué?

—¿Cómo? ¿Yo? —pregunté haciéndome efectivamente el imbécil.

—¿Has visto la perola que tienes? Un abejorro necesitaría todas las vacaciones de verano para darle una vuelta entera.

Todos los alumnos se rieron a carcajadas. Entonces empujé al pelirrojo contra la cal que los obreros estaban preparando para arreglar la fachada del colegio y entré corriendo al edificio. La sola idea de que su enorme cabeza pudiera aparecer en cualquier momento me aterrorizaba. No sabía adónde ir cuando oí una voz de niña, y de pronto mi miedo se convirtió en un dulce temor. Todo sucedió como en un cuento de hadas.

—Mi papá es coronel del departamento de contraespionaje militar de Yugoslavia.

Mi padre me había explicado lo que era el espionaje, y yo sabía también lo que quería decir militar, pero no entendía qué significaba contraespionaje. Era un imbécil, como el pequeño tirano que podría convertirme en su víctima de un momento a otro.

—Mi padre vigilaba el perro de Tito antes de que lo trasladaran a Sarajevo.

—¿Cuántos perros tiene Tito?

—No lo sé. Papá nunca nos habla de su trabajo. Hoy vendrá a buscarme al salir del colegio. He visto lo que ha pasado. Corres peligro. Si quieres, puedes volver a tu casa con nosotros.

Me invadió una sensación nueva, parecida a la que había sentido por la mañana cuando mi madre había encendido la luz para despertarme. Seguía teniendo sueño, pero había logrado convertir mi mirada parpadeante en una sonrisa. Comprendí muy pronto lo importante que es despertarse bien. Quiero decir que es mucho mejor despertarse que no despertarse en absoluto. Y Snezana se parecía a ese despertar. Sentía que su presencia ejercía un efecto más poderoso sobre mí que el miedo de ver aparecer al pelirrojo.

Mientras hacía cola para los cruasanes, los alumnos protestaban detrás de mí. Silbaban impacientes, pero yo solo oía los latidos de mi corazón. Solo veía dos grandes ojos negros y una larga melena rubia. Snezana tenía el mismo pelo dorado que su madre, una eslovena que se deslizaba con paso ágil por las tortuosas callejuelas del barrio de Gorica. En ella se inspiraban los chicos más mayores de la calle para elaborar sus teorías amorosas.

—Las mujeres que caminan deprisa son mejores en la cama que las lentas.

—¡Qué tontería! Las mujeres que son lentas en la vida son más rápidas en la cama.

—¡Como si la rapidez fuera importante! Lo que importa, amigo mío, es la calidad y la técnica —sentenciaba la tercera corriente teórica de los ociosos de Gorica.

Seguían discutiendo hasta que se acaloraban, y a menudo a los defensores de las diferentes corrientes que suscitaban los temas sexuales les faltaba poco para llegar a las manos. Yo era consciente de que sería difícil demostrar cuál de las dos teorías era la correcta. No veía por qué alguien podía ser rápido en la cama y lento a pie, o viceversa. Pensaba en el tigre, que se acerca lentamente a su víctima y después le pega un zarpazo y la devora. Pero en este caso no se trataba de comida. Podría creerse que estoy con los que defienden el paso lento antes de la cama, pero nada de eso.

La palabra sexo sonaba en nuestra lengua como las galletas *keks*, un nombre que era fácil recordar, pero cuyo sentido se me escapaba. A los chicos se les caía la baba cuando veían a la madre de Snezana, silbaban cuando pasaba y temían a su marido. Cuando este, un oficial montenegrino de dos metros, volvía del trabajo, los chavales salían corriendo y se escondían en los portales. Parecía directamente salido de las imágenes del telediario de la noche, pasando revista a un regimiento mientras esperaba que de un momento a otro el camarada Tito llegara al aeropuerto. El padre de Snezana era tan fuerte que mientras lo observaba abriéndose camino entre las sábanas que se secaban en los tendales, entre nuestro edificio y la acacia del fondo del patio, me daba la impresión de que si estornudaba, todas las hojas del árbol se caerían de golpe, y el otoño llegaría antes de tiempo.

Poco a poco los trayectos de mi casa al colegio llegaron a ser más veloces que el viaje de Gagarin por el espacio. Subía la pendiente corriendo como una flecha y pataleaba de impaciencia mientras esperaba el timbre que anunciaba el momento en

el que vería a Snezana. Mi noción del tiempo era de naturaleza variable: el camino hacia la escuela podía compararse con la velocidad de Gagarin, pero la vuelta a casa hacía pensar en una película a cámara lenta. El padre de Snezana me llevaba de la mano. Sus cejas parecían los tejadillos de hojalata de las fachadas de las casas pobres del barrio de Gorica. Para ocultar mi timidez, recorría las calles contando mis pasos, y así evitaba mirar al padre de Snezana, que era tan alto que cuando yo alzaba la cabeza, me daba la impresión de que me hablaba desde el último piso del rascacielos de la JAT,² en la calle Vase Miskina.

—Mira, pequeño, nadie tiene por qué molestarte —me decía mientras yo sonreía en silencio, deseando que el camino hasta mi casa fuera más largo que el viaje de Gagarin.

Snezana iba a la clase de 1^o D, en el segundo piso, de modo que solo la veía a la hora del recreo, ya que en las pausas breves la maestra no nos dejaba salir al pasillo. Compensaba mi frustración por no verla tanto como deseaba con largas ensoñaciones, por la noche, cuando no podía dormir, y solo con pensar en ella se me disparaba el corazón.

Mi madre, preocupada por mi falta de interés por los estudios, solía ir a las reuniones de padres. La maestra, para no avergonzarla delante de las demás madres, esperaba al final para hablar con ella.

—No sé qué decirle, camarada Senka —decía Remac Slavica—. Si su hijo fuera tonto, sería más fácil para mí. Lo único que podemos hacer es intentar despertarle el interés.

—Tampoco yo sé qué hacer. Yo sola no lo consigo, y su padre es demasiado impulsivo para comentárselo. Se destrozó los nervios con los partisanos. Vale más que no le diga nada.

2. Jugoslovenski Aero Transport.

Algunas veces mi padre prolongaba sus viajes de negocios y volvía a casa más tarde de lo previsto. Luego tenía que volver a adaptarse a las exigencias de la vida familiar. En aquellos momentos Senka le contaba todas las noticias importantes, en concreto la de que yo no era el mejor alumno de la clase.

—Mejorará. Tiene toda la vida por delante —respondía mi padre antes de sumirse en el sueño para recuperarse de sus noches en vela.

En la escuela había muchas cosas que no veía claras. No entendí para qué servía la asignatura de iniciación a la tecnología aplicada hasta el día en que la maestra nos dijo:

—Niños, haced lo que queráis. Podéis elegir el tema.

Entonces decidí construir una réplica del transatlántico *Titanic*, que había visto en la película del mismo título, clasificada como comedia dramática, aunque para mí era una auténtica tragedia.

Cuando estaba acomodado en el asiento chirriante del cine del Hogar de la Policía, mi madre se señalaba el reloj y me susurraba que vendría a buscarme cinco minutos antes de que acabara la película. En la sala principal proyectaban películas de aventuras y también históricas. Una vez pasaron *El gran dictador*, de Charlie Chaplin, y como cortometraje una comedia titulada *Charlot se pierde en la revolución*. Mientras yo veía las películas, Senka iba a visitar a sus padres, que vivían en una casa grande, en el número 2 de la calle Mustafa Golubic, para echarles una mano. La casa estaba separada del Hogar de la Policía por un patio lleno de malas hierbas y de ortigas, y con una fuente de la que no brotaba agua. La madre de mi madre, que se llamaba Hanifa, padecía un cáncer de paladar, y a mi abuelo Hakija no le gustaba que su hija insistiera tanto en los temas de higiene.

—Hija mía —le decía—, más te valdría distraerte viendo películas que venir aquí a deslomarte. ¿No tienes bastante trabajo en tu casa?

Mientras mi madre restregaba el suelo de la cocina, mi abuelo miraba fijamente el cubo lleno de agua y refunfuñaba:

—Los demás dan besos, y tú, Hakija, te bañas.

Nadie entendía lo que significaba, pero era el preludeo de un relato de aventuras. A la madre de mi madre no la llamábamos abuela, como todo el mundo, sino madre. Mientras mi madre le lavaba el pelo y peinaba a la enferma, le pedía a su padre que le contara su historia favorita, el episodio real de un rapto en Donji Vakuf. Cuando mi abuelo Hakija era joven, había raptado a mi abuela a punta de pistola y con la ayuda de sus hermanos. Era pobre, de modo que el padre de mi abuela, un rico comerciante, no quería ni oír hablar de boda. Mi abuela Hanifa se reía escuchando esta historia, en la que era la protagonista, pese a que reírse le dolía, porque los médicos le habían extirpado el velo del paladar. Mi abuelo, alto y corpulento, se había librado de la muerte por los pelos. Yo estaba convencido de que, cuando fuera mayor, me parecería a él. Mi foto preferida era una en la que mi abuelo aparecía con el uniforme de policía del reino de Yugoslavia, antes de la Segunda Guerra Mundial. Un día le pregunté qué había pasado con aquel uniforme.

—En 1941 estuve a punto de perder la vida por culpa de ese uniforme —me contestó—. El día antes de una redada en Vakuf, un *ustashi*³ que había sido compañero mío de colegio me advirtió: «Hakija, ya puedes salir por piernas, porque me han ordenado que te liquide mañana».

—¿Y qué hiciste?

—Huí a Sarajevo y salvé el pellejo.

3. Miembro del partido fascista croata.

Mi madre me llevó como mínimo once veces al Hogar de la Policía a ver *Hércules*, protagonizada por Steve Reeves. De vuelta a casa, siempre recreaba la escena de la destrucción del templo griego. Ataba con una cuerda las patas de dos sofás. Al tirar de la cuerda se desmoronaban los cazos, las ollas y los demás utensilios que previamente había colocado en el respaldo de los sofás. Se supone que estaba reproduciendo la escena en la que Hércules, encadenado a las columnas del templo, intenta liberarse, tira de las cadenas y hace que el templo se desplome. Un día, durante una fiesta, representé este número en el patio de nuestro edificio. Con el esfuerzo y la emoción, se me escapó un pedo. Me dio vergüenza, porque todo el mundo se echó a reír, pero mi padre, de buen humor tras haber dormido una siesta en el sofá, me consoló:

—No te preocupes. En Inglaterra se pasan el día tirándose pedos, solo que después dicen *sorry*.

La película que más me impresionó fue la que trata del naufragio del transatlántico más grande del mundo. La tragedia de todas aquellas personas que morían en el barco me aterrizzaba tanto como la idea del fin del mundo, pero decidí construir mi *Titanic*. Las escenas de la película que más me habían asustado habían sido las del barco hundiéndose, con el agua entrando por todas partes, por los camarotes, las cocinas, los pasillos y los restaurantes. Pensaba que, en nuestro piso, una catástrofe semejante nos habría barrido en un abrir y cerrar de ojos. Si nuestro piso de una habitación y media, en el 16 D de la calle Jabucica Avdo, hubiera sido el *Titanic*, el agua habría entrado por la ventana del comedor, donde yo dormía, habría avanzado por el pasillo hasta llegar a la habitación, en la que dormían mi padre y mi madre, y ahí se habría acabado la historia. Como a casi todos los niños, me aterrizzaban los cataclismos y el juicio final, lo que llamaban «el fin del mundo», y hacía planes para protegerme. Incluso imaginaba que para li-

brarnos cuando el agua invadiera nuestro piso, lo mejor sería convertirnos en peces. Cuando le conté esta idea a mi padre, sonrió y me comentó:

—Pues sí, estaría bien convertirnos en peces. Así ya no tendríamos que hablar. Estaríamos mudos como las carpas, como todos los peces, que no hablan porque para ellos todo está claro.

Tardé mucho tiempo en reunir el material que necesitaba para construir mi barco. Arranqué una pata del taburete de madera que mi abuelo había hecho en Travnik para que las mujeres se sentaran a tomar el café, y con ella construí el mástil. Después, cuando nuestra vecina Velinka se dispuso a sentarse en el taburete para tomarse el café con mi madre, se cayó hacia atrás, se hizo un morado en el culo y dijo un poco compungida:

—Ya ves, Senka, que cuando a un taburete bosnio de tres patas le quitas una, todo se va a la mierda.

Compré una lámina de contrachapado en la ferretería y corté las velas de mi barco de una camisa que mi padre había traído de Inglaterra en 1957. Si hubiera construido un barco más grande, nuestra casa se habría quedado más vacía que el local de la comunidad de vecinos de Gorica, donde había aprendido a jugar al ping-pong y al ajedrez. Lo que me dio más problemas fue ensamblar la base. Un día encontré una foto del *Titanic* en la enciclopedia de la escuela. No sé por qué lo había imaginado con una vela, pero no era así, de modo que decidí construir un barco inspirado en el verdadero *Titanic*.

Como mi padre estaba en viaje de negocios, no podía ayudarme. Solía trasladarse a Belgrado porque se ocupaba de asuntos importantes. Al salir del colegio, volvía directamente a casa corriendo para seguir construyendo mi *Titanic*. Ya ni siquiera jugaba al fútbol. En aquellos momentos cambió mi percep-

ción del tiempo. Ya no medía mis trayectos pensando en la velocidad del viaje espacial de Gagarin. El corazón me latía más deprisa cuando estaba con Snezana Vidovic, y el tiempo que pasaba con ella avanzaba demasiado deprisa. Apenas nos habíamos encontrado cuando teníamos que separarnos, tanto en el recreo como en el camino de vuelta a casa. Los únicos momentos en los que el tiempo se detenía eran los que dedicaba a mi *Titanic*. Me parecía extraño. Era como si estuviera en otro lugar, en un país en el que hubieran quitado las agujas a los relojes. En cuanto me metía en mi *Titanic*, me trasladaba a un mundo en el que ya no se oía el chirrido de la polea del tendal, en el que los árboles no se mecían al viento, en el que no tenía hambre y podía pasarme mucho tiempo sin dormir. Seguramente Gagarin había sentido lo mismo en el espacio.

—Así viven los grandes pintores. Les importa un comino qué hora es, si es mediodía o está amaneciendo, si hay algo para comer. Los artistas viven su vida, se encierran en su mundo, y para ellos no existe nada más —me contaba mi padre, experto en el tema.

El tiempo que dedicaba a construir el *Titanic* me gustaba tanto como el que pasaba con Snezana. Cada tarde, a las seis y media exactamente, interrumpía mi trabajo y salía. Era la hora en la que Snezana Vidovic volvía a su casa. Me escondía junto a los primeros escalones y gritaba:

—¡Uh!

—¡Ah! —respondía Snezana deteniéndose.

Le daba un beso, sin decir una palabra, y volvía a mi casa como una flecha. Iba a darle un beso todas las tardes, como los adultos que van cada mañana al trabajo.

Necesité mucho tiempo para construir el barco. Al final tuve problemas con el pegamento. Había pegado la lámina de contrachapado y las piezas de madera con pegamento UHU, pero, como era caro, tuve que pegar el puente de cartón con una mez-

cla de harina y agua hirviendo. El resultado superó todas mis expectativas. Todo el mundo se quedó fascinado al ver mi *Titanic*.

Ya solo pensaba en la velocidad del viaje espacial de Gagarin mientras iba al colegio. Aquel día, con mi *Titanic* en las manos, pensaba que enseguida iba a volver a ver a Snezana Vidovic. Tras haber dejado nuestros trabajos encima de la mesa, me puse muy nervioso.

—Si hubiera tenido un día más, mi *Titanic* habría quedado todavía mejor —le dije a la maestra.

—¿Mejor? —preguntó la maestra sonriendo—. ¡Es perfecto!

A la hora del recreo Snezana vino a nuestra clase a ver los trabajos y me felicitó.

—Tu barco es estupendo. Los demás trabajos son una porquería comparados con el tuyo.

Me pusieron un diez. Remac Slavica me tiró suavemente de la oreja diciendo:

—Ya ves, mi niño. Querer es poder. Puedes decirle a tu madre que ya se ha despertado tu interés.

Bajé corriendo la calle que descendía desde el colegio hasta mi casa. En realidad no era una calle como las demás. En medio de la calle Gorusa había un tramo de escaleras de piedra. El barrio en el que vivía era típico de Sarajevo, con sus cuevas y sus barrancos convertidos en callejuelas. Todas las calles adyacentes desembocaban en la calle Tito. Aferraba mi maqueta muy orgulloso. Mi *Titanic* y la nota que me habían puesto habían hecho que surgiera en mí un sentimiento que los adultos llamaban «orgullo». Era un momento solemne. Por primera vez nadie me regañaba, nadie me decía que mantuviera la cabeza alta y los hombros rectos, cosas que casi nunca conseguía. En Sarajevo nos acostumbábamos desde pequeños a andar

con la espalda encorvada, porque hacía demasiado calor o demasiado frío. Era como si esos cambios meteorológicos nos humillaran. En invierno encogía los hombros para protegerme del frío, y durante los grandes calores del verano me deslizaba por la calle Gorusa y los callejones como un ratón. Seguramente debido a esta inclinación de la columna vertebral, o a otras razones desconocidas, los habitantes de Sarajevo solían llamarse entre sí «ratas de mierda».

Corría por el camino de vuelta a casa, que me sabía de memoria, convencido de que Yuri Gagarin era un simple aficionado. Estaba enamorado de Snezana Vidovic, me sentía orgulloso de mi *Titanic* y quería volver a casa lo antes posible para darle una alegría a mi madre. Mi padre estaba en viaje de negocios. De vez en cuando me detenía para tomar aliento. Entre mis brazos, el *Titanic* parecía más grande que yo: medio metro de largo y otro tanto de alto. Vi a mi madre tendiendo las sábanas en una cuerda entre la ventana y la acacia. En cuanto volvía del trabajo, recogía del tendal la colada seca y colgaba la mojada. Era contable en la Facultad de Ingeniería Civil. Cuando alguien le preguntaba: «¿Cómo va?», respondía: «Bien, me mato a trabajar». Le hice un gesto con la mano, pero no me vio. Estaba rodeada de sábanas, que el viento inflaba como velas de un invisible velero.

A la altura de las escaleras giré y bajé la pendiente por un atajo sin pensar que mi orgullo y mi cabeza alta no estaban acostumbrados a aquel terreno accidentado. Tropecé con una piedra y me caí sobre la mano derecha, mientras con la izquierda seguía sujetando el *Titanic*. Grité y gemí de dolor. A través del velamen de mi *Titanic* vi el cielo. Fue entonces cuando dije por primera vez:

—¡Me cago en el cielo!

Los últimos cien metros de la cuesta fueron los más largos y los más difíciles. Lloraba y gemía de dolor. Mi *Titanic* pesaba más de lo normal, porque, al sujetarlo solo con la mano derecha, daba tumbos. Sentía en la boca el sabor del polvo, que se mezclaba con mis lágrimas. Cualquiera habría pensado que estaba besando la tierra, cuando en realidad masculaba:

—¡Me cago en la tierra!

Cuando nuestra vecina Velinka, que estaba tomándose un café en su balcón del tercer piso, me vio, advirtió a mi madre:

—Tu hijo está llorando, Senka. Grita de dolor. Se arrastra por el suelo con un enorme trozo de madera en una mano, sujetándolo por encima de la cabeza.

Cuando llegó mi madre, lloré todavía más. Se arrodilló para echar un vistazo a mi mano hinchada.

—¿Le ha pasado algo? —le pregunté.

—¿A quién?

—¡Al *Titanic*!

—No, hijo mío, no te preocupes. Está todo bien.

Mientras me trasladaban al hospital, aunque mi madre estaba preocupada por mi mano herida, llevaba el *Titanic* con la misma solemnidad que yo. Y mientras charlaba con el médico, que había confirmado que me había roto la muñeca, seguía sujetándolo con firmeza. Me negué a que lo dejara en algún sitio por miedo a que el barco se rompiera también. El médico me puso la escayola, y mi madre me llevó a casa. Seguía doliéndome mucho, pero no lo lamentaba, porque así no tendría que ir al colegio.

Como la maestra nos comunicó que tendría que entregar

todos los deberes, se decidió que Snezana viniera a ayudarme a hacerlos, de modo que deseaba que mi mano no se curara nunca, sobre todo en los momentos en los que mi amiga deslizaba una aguja de punto por la escayola para rascarme suavemente la zona que me picaba. Había llegado a un acuerdo con ella: yo le dictaba y ella escribía. La observaba y me preguntaba por qué no me había roto también el otro brazo. ¿Y por qué no las dos piernas? Así Snezana me escribiría todos los deberes... Nunca había tenido una letra tan bonita.

Mi padre volvió de su viaje de negocios y le afectó mucho que me hubiera roto la muñeca. Me cubrió de besos y prometió llevarme a Ilidza, a la piscina, en cuanto hiciera buen tiempo para bañarse. Sabía que me alegraría mucho, porque una vez me había escapado a Ilidza colgándome de un tranvía, por lo que me gané una buena tunda.

Antes de tumbarse a hacer la siesta en el sillón del comedor, mi padre observó con todo detalle la maqueta del *Titanic*. Mientras miraba el barco desde todos los ángulos, sacudía la cabeza, como si no pudiera creérselo.

—¡Felicidades! —me dijo—. La única pega que le veo es que el armazón me parece un poco pesado. Ten mucho cuidado cuando lo cambies de sitio, porque no sé si el pegamento aguantará. Me recuerda a nuestros edificios socialistas...

El día en que me quitaron la escayola me dio la impresión de que mi mano curada no pesaba nada. Mi padre volvió tarde, por la noche, de muy buen humor, y como solía hacer en estos casos, llegó con un amigo bastante piripi. Yo cerré los ojos y fingí estar dormido. Mi padre entró en el dormitorio y despertó a mi madre.

—Senka, despierta. Esta noche Nasser ha abandonado a los rusos y se ha pasado al bando de los estadounidenses.

Mi madre se levantó. Le parecía tener ante sí una barrica de vino blanco en lugar de a su marido. Se negaba a tomarse en serio las preocupaciones por los grandes acontecimientos históricos y procuraba mantenerme al margen.

—Baja la voz. ¿Estás loco? —murmuró—. Vas a despertar al niño, y mañana tiene que madrugar para ir al colegio.

El amigo de mi padre, un tipo con una perilla de punta, se había sentado en un taburete cerca de mi barco, y con los ojos medio cerrados preguntaba constantemente a mi padre:

—Bueno, ¿y qué propones?

—No propongo nada —le respondió mi padre—, pero es un golpe importante no solo para el movimiento obrero internacional, sino también para toda Yugoslavia.

—¿Es que todo en la vida tiene que reducirse a la política? —intervino mi madre—. ¿Va a derrumbarse el mundo por eso?

—Creo que el mundo se tambalea ya seriamente —replicó mi padre—. ¡Tráeme algo de beber!

—¡Salid de aquí los dos! ¡Vais a despertar al crío!

—¿Y qué propones? —preguntó el hombre de la perilla.

—Propongo que, ya que no podemos cambiar el mundo, cambiemos de hostel —dijo mi padre.

—¡Marchaos! —gruñó mi madre en voz baja, ofendida de que mi padre hubiera comparado nuestra casa con un hostel.

Mi padre, que creía que yo estaba dormido, se acercó a darme un beso y luego siguió a mi madre hasta el dormitorio. Su amigo no dejaba de repetir:

—¿Y qué propones, Murat?

Como mi padre no le contestaba, su amigo se levantó del taburete y, con serias dificultades para mantener el equilibrio, empezó a bailar un vals como el de Charlie Chaplin en *La*

quimera del oro. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás una y otra vez mientras desde la habitación llegaba el sonido amortiguado de las voces de mis padres, que discutían sobre Nasser. Como era de esperar, el amigo de mi padre acabó perdiendo el equilibrio y se agarró al mástil de mi *Titanic*. Yo contemplaba la escena con los ojos entrecerrados, dispuesto a lanzarme sobre mi barco como Muftic, el portero del Fútbol Club de Sarajevo, para detener la catástrofe que se avecinaba. El barco osciló, estuvo a punto de caerse, pero el tipo se desplomó antes, aunque logró sujetar el barco por el casco.

—Dios nos libre de que el *Titanic* naufrague por segunda vez —dijo volviendo a colocar el barco encima de la radio.

Desde mi rincón, en el sofá, dejé escapar un gran suspiro de alivio y me metí a toda prisa debajo de la manta para que el hombre de la perilla no me viera. Parecía que todo volvía a estar en orden cuando el amigo de mi padre puso el punto final a la aventura de mi *Titanic*. Al salir, cerró de un golpe la puerta del comedor, lo que provocó vibraciones que se propagaron por las pésimas paredes socialistas hasta el aparato de radio, y desde ahí hasta el *Titanic*. Mi barco salió propulsado por la onda expansiva, el mástil se hizo añicos, y el pegamento de agua y harina resultó insuficiente para sostener el puente. Mi mundo se derrumbó ante mis ojos.

Aquella noche lloré largo rato, y al final exclamé:

—¡Me cago en la construcción socialista!